

Y viéndole pasar,
 sencillo en su grandeza,
 no se podía asegurar
 con certeza
 si era él, o una piedra sillar
 arrancada de alguna fortaleza.

Gustos de franciscano o de cartujo,
 su alcoba era una celda enjalbegada.
 Ni amó el dinero, ni gustó del lujo.
 Al morir, dejó libros; esto es: nada.
 Fue casto. Descuidado en el vestir.
 Rutinario en costumbres y amistades.
 Sólo enfermó una vez, para morir.
 Horro de todo, hasta de enfermedades.
 Y se fué de la tierra en el bajel
 de Caronte, a cumplir su eterno ayuno,
 igual que vivió siempre, Don Miguel
 de Unamuno:
 haciendo pajaritas de papel
 y sin estar de acuerdo con ninguno.

¿Qué más?

 Cuando salía
 por la Plaza de Salamanca,
 le saludaba y le reconocía
 Castilla entera: el hombre de la Armuña
 que al empedrado arranca
 chispas con la pezuña
 de su mulilla blanca;
 el clérigo rural de Alba de Tormes,
 o el fraile dominico de Sequeros
 que hace un ruido de huesos agoreros
 con las cuentas enormes
 de su tosco rosario; la beata
 que al verle se santigua y se estremece